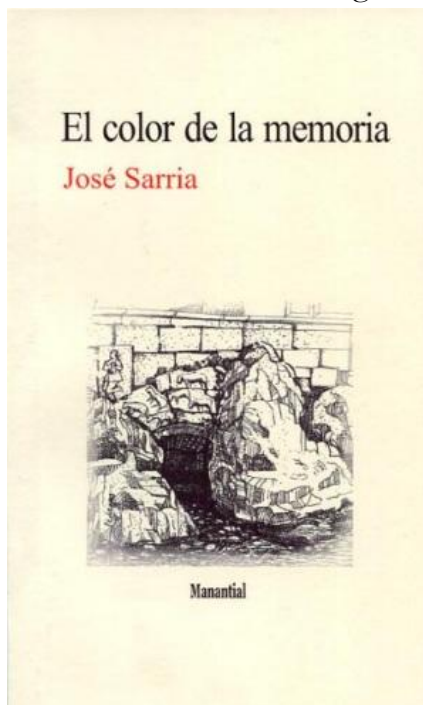


## El color de la memoria de José Sarria

Antonio García Velasco

José Sarria  
*El color de la memoria*  
Colección Manantial XLIV  
Excmo. Ayuntamiento de Priego de Córdoba

Este libro es una antología de poemas escogidos de obras anteriores: *Raíz del agua* (2011), *El libro de las aguas* (2015), *Canciones sefardíes* (1998), *Sepharad* (2000), *La voz del desierto* (1997) e *Inventario de derrotas* (2005). No obstante, los poemas, aunque procedentes de los libros citados, no siguen el orden cronológico de su publicación, sino que responden a un criterio temático que confiere unidad al conjunto.



José Sarria, ligado al mundo magrebí por vocación, investigación, sentimiento y afectos variados, trata de evocar un mundo ideal en el que están presentes tanto la cultura sefardí como la musulmana actual y de Al-Andalus. Títulos y citas nos lo podrían evidenciar: “La única belleza duradera es la belleza del corazón” (Mevlana, Valal Ad-Din Muhammad Rumi) figura al frente de su poema “Inocencia” de *El libro de las aguas*. Y podríamos seguir enumerando: de Wallada Bint Al-Mustakfi cita: “Estoy hecha por Dios para la gloria, y camino orgullosa por mi propio camino. Doy poder a mi amor sobre mi mejilla y mis besos ofrezco a quien los desea”, que precede al poema “Nunca fui tan hermosa”, ensayo poético o poema en prosa de *El libro de las aguas*. También hay citas de autores actuales: Manuel Gahete, Mariluz Escribano, Antonio Gala... o un poco más lejos en el tiempo: César Vallejo, Kavafis... Citas y textos poéticos nos van configurando un mundo de evocaciones y nostalgias, acaso, también de celebraciones y deseos.

Titula la primera parte “Las raíces del agua”; la segunda, “Canciones sefardíes”; la tercera, “al-Ándalus: el Paraíso”, y la cuarta “Donde habite la memoria”. Adopta voces diferentes, por ejemplo, en el ya aludido “Nunca fui tan hermosa”, es una mujer la que confiesa el hermoso sentimiento de sentirse bella porque ama y se siente amada. En otra ocasión, habla un descendiente de los antiguos musulmanes que habitaron Al-Ándalus: “...Éramos, a pesar de nuestra actual miseria, herederos de una estirpe de califas y visires que habitaron los valles del Paraíso: al-Ándalus, patria y raíz del agua”. El

procedimiento de la prosopopeya (hacer hablar a personajes del pasado, reales o ficticios) es frecuente: dice en Medina Azahra: "...Y al fin, edificué / esta ciudad/ para la paz. Aquí mi corazón / reposa contemplando el vuelo de las garzas / o la belleza de los arrayanes / mientras busca la gracia del Altísimo". O hace hablar a la amada (Sefarad habla de su amado): "... Miel y leche debajo de su lengua / encuentro cada vez / que sus labios reposan en mi boca. / Por mi vientre fluye la mirra / al saberme buscada / y mis flores prendieron / flores de alheña".

Recrea un lenguaje apropiado para los temas y los sentimientos de Sepharad, sefardíes en el momento de abandonar una tierra que habitaron y amaron, paradigma de todos aquellos que han de desplazarse por motivos diversos, dejando atrás el país que los vio nacer. En el mismo tono estilístico nos evoca tiempos lejanos, bíblicos, israelitas, ismaelitas... que se dan la mano con pueblos actuales del Magreb. Pero también, su voz de poeta actual que se hace eco de un mundo que tiende a desaparecer: "Desde la Torre de Gálata / el Bósforo parece / un alfanje que corta el corazón / de Estambul. A lo lejos / se adivinan las voces / de los muecines / sobre los alminares. / Aquí / en este barrio antiguo / los ancianos dialogan / en un gastado castellano: / son el signo de aquellos sefardíes / que en una noche de locura / lloraban su destierro", dice en "Barrio Gálata".

Nos presenta, a veces, la visión idealizada de lugares visitados: "En Chaouen el olor / del hachís tiene la dulzura / del tiempo detenido. / El humo atrapa los recuerdos / y concibe el prodigio de otros mundos / entre casas añiles y encaladas mezquitas. // En Chaouen el olor / del hachís no tiene el agrio sabor de lo prohibido. Su fragancia / se asemeja a la mano de los dioses / mientras el té penetra en la garganta", dice en "Chefchaouen" de *El libro de las aguas*. Y en "Conversar", de *La voz del desierto*, "...Nunca podré olvidar / tu casa, Ismail, / la sonrisa furtiva entre los dientes de oro, / el aroma envolvente de aquella cafetera, / ni tu adiana amistad: / un inmenso vergel / entre tanto desierto".

En el poema "Los heraldos negros", con título tomado de César Vallejo, se pone en el lugar de la madre cuyos hijos se han marchado en busca de una tierra donde poder trabajar y vivir. Los hijos han muerto en el intento de llegar a las cosas gaditanas. La madre espera noticias: "Desde hace varios años, / al atardecer, Aixa, con paciencia / infinita, se sienta / a la puerta de casa / por si llegan noticias de sus hijos. // Sólo escucha el silencio: *los heraldos / negros que le manda la Muerte*". Un acierto "plástico o técnico" con el que expresa un drama tan frecuente como desgarrador.

Celebramos este libro que, aunque hecho de retazos de otros libros, tiene personalidad propia.